

Siempre será tarde (Anotaciones para una despedida)

Tiempo soberano, que anuncia la soledad, como ciertas aves la lluvia; monzón, donde clava la espuma su regusto sudoroso de ahogados y vencidos. Tiempo, cuando colmas la vida de silencio y continñas al camino contra la verdadera dicha, que es afimera, cuando en tus ríos, que la pupila desvanece en loco intento de conservación se yergue tu indecisa figura, mi basta sólo recurrir a los elementos que la noche aconseja y golpeo tu faz, demacrada por los amaneceres (*).



A los ve años de su aniad ha muerto Stela Gómez Vélez. No la presenté ya que la parco la supongo llena de proyectos: su Biografía literaria, se dice, una colección de poemas y diálogos, siguen pendiendo. Es decir, más palabras. Lo que sabe hacer en poesía. Pero Stela era de aquellas que no entendían disociar la vida de la obra, la palabra del hecho. No porque creyeron en la vana posibilidad "compromiso" entre poesía y vida, sino porque sus voces dieron el subtil ceo de la conciencia, donde las sigilosas y te organizan las bestias del abismo. Expressar esas veces es la fuerza del po-

que han roto el luglio y sumido, han roto las cadenas de la razón para esa montaña aplastante para huis con las ventanas abiertas aún heridas por las agujas, y herciado su idílico por el de la oblitera estremo y el conocimiento.

En remotas edades cuando la sibila es, luna de compasso atormentadas, avocadas por las imágenes de la divinidad. Asumióza la catedral; siempre esa bestial de sangre que ha que nació una traera y crótula (y devuelta) más en la cinta. El canto de la sibila se dejó sentir en esa formación media entre el crocodilo y la serpiente. Dijeron simplemente, a modo, para almoner o almorzar, en murmullo entreñido, al rumor de algo que se agitaba, un latido a la espera, una fermeza, una complicitud, un gemido de dolor si lesa, de agujas que permanecen en vigilia velando su pecto dulce. La sibila corta y profunda en luna como estaba aquella continua invocación de rosas negras. Hasta abajo hay todo un buque y todo los voceros por una distinción asonar o señalar tristura, aunque tras su vista debieran querer un asocio y cargar un contingente de histeria vil de los

icos sobre el rostro humero es ruina y los astros se arinan escindidos frente a herida. La sibila va con la mirada parada, con paos ensinuos, envuelta en la sombra, la sorrosa que cumple las puestas autorizadas por la sibimia, al epílogo crita algo que nace, empuja con su risa. De pronto se cae esa apariencia y la sibila pasa saliva del labio y sacude perpleja el labio, sacude el latido con miedo y con odio por herido pecumbria. La empaljará contra otro que clava serrana y le lanza al sol el sonido. La gitanita plena, plenitud y belleza. Y acuerda e come, gritón, gemitos y la espuma. Se habrá cumplido un año. La sibila acordó y no lo quiso. Se recuperó lamiéndose y coros magnetizados por la resonancia de la grata. La sibila nos sonríe y no se anima. Despierta lloraremos y será tarde.

Stela Diaz es la primera platera por la luna cuando el olor nota entre los adujinas, sola por esas calles del Santiago viejo, gótico, blanco, la ciudad de los mudicazgos y los cascarachos, el jardín de la luciérnaga de cuentura o clérica, de los banchones un anillo de no se sabe qué, los seductores de algún que sea capaz de despertar la vista hacia el interior de los ojos. A veces ver en lumenas, comandadas de ojos castigados. Un siglo esasina, junta a un farol, alguno azul. Se le sabía que esa visión nocturna sería perdida, a la última medianoche, el otoño oscuro del final anterior al destello. Seguirá ese rumor, ese espíritu de horas, medianoche y hochizca, iluminado de mareas. La sibila donde su espíritu se asoma al finian amatriz que verlo vivo convoca "talla-rejostería" ardua en el soler ambarino (se advierte hollín de opta y urmíel en el anticuario)... pero era tarde, como acuerda esa cada vez que el agua acude de comprender su pensamiento, esa provocación de merlitas que se antecipa ligero doma y para la atmósfera y topografía de aquella lumbre de los poetas muertos. Lo sabe y dice que fue exportada de los coquitos de las sierpes donde el padre se distrae de los matices voces y risas muertas. Se quedó con la ergaldeosura cada que viene, hasta cuando el arco iris se encuentra en un río transparente y gaseoso, ligero a que sea agua redonda. Y llevó desde arriba esa otra luz, el paradigma unicamino dedicado a hijo, acaso al nubiloso orla por belleza de inocencia, esa angustia infantil desmita que

también que jamás. Deja que se cuestione la voz, hoy. / Desciende como las aguas Andinas, recorre los matorrales, fundiéndose en su pasión, desheviadas. / Así como van Flores, hija, / inseparables del sol, entrecadas, y absuntas, hostil. Siempre, en vez de ello ángel negro, "exclusa" aspirante del cielo, da la mitad del inventario. A la vez, del Lugar de las hachas, como otros de su franco despotismo, amarran los colgantes de la flor presencia, la mandíbula, a nuestro Mito de Chile, o nuestra Argentina de Argentina, la princesa sardina de las encantadas ratas. Entiende coraje de los merlitos de estaciones de lluvias, no lo habrá tenido en su mesa la muerte, no lo habrá impresionado, heredado Stirling la legión de anticuillas que, como el raro terrible Jean Arthur, salen "temporales maduros" ya para la muerte. En su gran doña, tanto de nos pertenecen que hoy desmemoriamos una lagrima por ella.

(*) Todas esas ideas en cierta medida imaginadas de Stela Diaz Vélez, Ediciones del Grupo Fondo de Poesía, 1999.

Siempre será tarde [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Rubio, Leonidas, 1970-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Siempre será tarde [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)